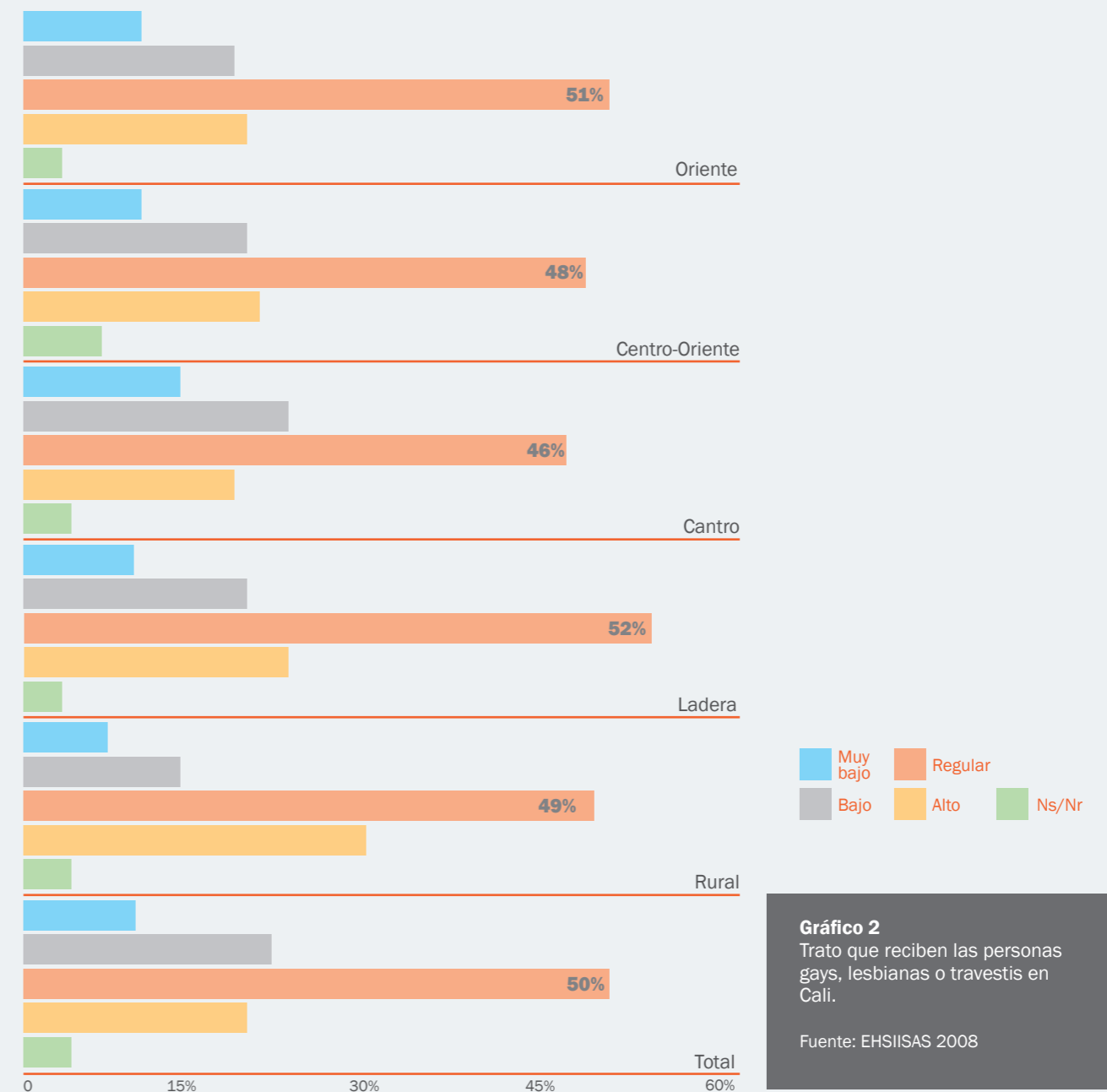


# La exclusión y la vulnerabilidad desde el punto de vista sociocultural

Pensar la exclusión social desde un punto de vista sociocultural implica, básicamente, reparar en los aspectos más relacionales del fenómeno. Supone indagar por el modo en que se representan y se llevan a cabo las relaciones entre individuos y grupos, por la forma y el grado en que se establecen lazos de confianza y reciprocidad, así como por la fortaleza y densidad de los vínculos colectivos con miras a la acción comunitaria, entre otros aspectos. Una perspectiva de este tipo invita a plantear la exclusión como un problema que supera lo meramente socioeconómico –y con ello las condiciones estrictamente objetivas del problema-, y que remite en igual medida a procesos y problemas referidos a las relaciones sociales, a las redes de individuos y grupos y a las formas tanto reales como simbólicas de cohesión social –es decir, a las condiciones más subjetivas del fenómeno-. Estos últimos asuntos son de vital importancia desde el punto de vista de la inclusión social, pues aluden directa e indirectamente a cuestiones mayores como las representaciones de los caleños sobre los límites de la comunidad ciudadana, la construcción simbólica de la ciudad y de sus miembros, así como el universo de valores que definen la pertenencia a una idea socialmente construida de ciudadanía.

En este sentido, hablar de inclusión sería mucho más que hablar de un acceso oportuno, efectivo y equitativo a una serie determinada de bienes y servicios. Supondría, igualmente, pensar en el fortalecimiento y densificación de entramados relacionales que permitan estrechar vínculos a escala individual, familiar, barrial y local; estimular la aparición de sentimientos colectivos de reconocimiento, visibilización, integración y cooperación; y dar lugar al surgimiento de lazos, solidaridades y sentidos de pertenencia que apunten a una idea de comunidad que trascienda las habituales fronteras dadas por la exclusión, la desigualdad y la diversidad social. Todo ello con la idea de diluir los límites que usualmente restringen la pertenencia a la comunidad ciudadana, y de consolidar progresivamente una idea de ciudad en la que todos puedan tener cabida, sintiéndose y actuando como parte de un mismo todo, sin que ello les exija renunciar a sus particularidades.

Numerosos aspectos pueden recaer en esta mirada que asume las relaciones sociales y los vínculos simbólicos como ejes centrales para pensar la problemática caleña de inclusión-exclusión. Indagar por esta clase de cosas supone, en efecto, examinar cuestiones como la confianza al interior de los grupos,



**Gráfico 2**  
Trato que reciben las personas gays, lesbianas o travestis en Cali.  
Fuente: EHSISAS 2008

el espíritu de colaboración en los mismos, la resolución de conflictos en el ámbito doméstico y barrial, o la participación en actividades comunitarias de distinto tipo. Ello no implica dejar de lado otros aspectos igualmente relevantes como la percepción que los individuos tienen de su espacio, o la presencia de fenómenos sociales que excluyen o limitan la participación plena de ciertos individuos en procesos sociales de su entorno tanto inmediato como local (Alcaldía-DAPM, 2010, 24-25). Todas estas cuestiones, en conjunto, aluden a una pregunta general por la acumulación diferenciada de capitales sociales, determinantes en la generación de capacidades de los individuos, en el acceso a recursos y activos socialmente disponibles, así como en el repertorio de oportunidades disponible en ciertas circunstancias para la confrontación o superación de condiciones de exclusión social (Ibíd., 25).

En términos generales, y sobre la base de los datos suministrados por las mencionadas encuestas, es posible señalar que la población socioeconómicamente vulnerable de la ciudad, caracterizada en el apartado anterior, presenta también importantes atributos de vulnerabilidad sociocultural, lo cual hace aún más compleja su condición de exclusión y dificulta su integración al conjunto de la comunidad ciudadana. Esta situación se refleja, especialmente, en relación con asuntos como la confianza percibida en el barrio, clave para la generación de procesos asociativos, cooperativos y solidarios al interior de los grupos y comunidades vulnerables.

En la zona oriente, por ejemplo, el 54,8% de los hogares encuestados en 2009 manifiesta no tener confianza en sus vecinos, mientras en la zona de ladera ocurre lo mismo con el 52,4% (Ibíd., 27). En ambos casos, se tiene una situación de desconfianza generalizada que afecta a más de la mitad de los hogares. La situación no varía mayor cosa cuando se indaga por la percepción que tienen los habitantes del espíritu de colaboración en el barrio. Dicho espíritu se califica como regular por el 51,03% de los hogares del oriente, así como por el 51,66% de los hogares de ladera (Ibíd., 28). Todo esto tiene una importancia crucial desde el punto de vista de la exclusión, en el sentido de que las relaciones de confianza y reciprocidad en la comunidad vecinal pueden suplir, hasta cierto punto, algunas de las carencias derivadas de la escasez de recursos económicos (Alcaldía, 2009, 151). Así las cosas, lo que se presenta en las poblaciones bajo examen es una idea de comunidad débilmente soportada en valores de confianza, y por tanto poco capaz de movilizar capitales sociales suficientes para sortear o aminorar las limitaciones impuestas por la vulnerabilidad socioeconómica a la que se hallan expuestas.

En la zona oriente, por ejemplo, el 54,8% de los hogares encuestados en 2009 manifiesta no tener confianza en sus vecinos, mientras en la zona de ladera ocurre lo mismo con el 52,4% (Ibíd., 27). En ambos casos, se tiene una situación de desconfianza generalizada que afecta a más de la mitad de los hogares. La situación no varía mayor cosa cuando se indaga por la percepción que tienen los habitantes del espíritu de colaboración en el barrio. Dicho espíritu se califica como regular por el 51,03% de los hogares del oriente, así como por el 51,66% de los hogares de ladera (Ibíd., 28). Todo esto tiene una importancia crucial desde el punto de vista de la exclusión, en el sentido de que las relaciones de confianza y reciprocidad en la comunidad vecinal pueden suplir, hasta cierto punto, algunas de las carencias derivadas de la escasez de recursos económicos (Alcaldía, 2009, 151). Así las cosas, lo que se presenta en las poblaciones bajo examen es una idea de comunidad débilmente soportada en valores de confianza, y







el espíritu de colaboración en los mismos, la resolución de conflictos en el ámbito doméstico y barrial, o la participación en actividades comunitarias de distinto tipo. Ello no implica dejar de lado otros aspectos igualmente relevantes como la percepción que los individuos tienen de su espacio, o la presencia de fenómenos sociales que excluyen o limitan la participación plena de ciertos individuos en procesos sociales de su entorno tanto inmediato como local (Alcaldía-DAPM, 2010, 24-25). Todas estas cuestiones, en conjunto, aluden a una pregunta general por la acumulación diferenciada de capitales sociales, determinantes en la generación de capacidades de los individuos, en el acceso a recursos y activos socialmente disponibles, así como en el repertorio de oportunidades disponible en ciertas circunstancias para la confrontación o superación de condiciones de exclusión social (Ibíd., 25).

En términos generales, y sobre la base de los datos suministrados por las mencionadas encuestas, es posible señalar que la población socioeconómicamente vulnerable de la ciudad, caracterizada en el apartado anterior, presenta también importantes atributos de vulnerabilidad sociocultural, lo cual hace aún más compleja su condición de exclusión y dificulta su integración al conjunto de la comunidad ciudadana. Esta situación se refleja, especialmente, en relación con asuntos como la confianza percibida en el barrio, clave para la generación de procesos asociativos, cooperativos y solidarios al interior de los grupos y comunidades vulnerables.

En la zona oriente, por ejemplo, el 54,8% de los hogares encuestados en 2009 manifiesta no tener confianza en sus vecinos, mientras en la zona de ladea ocurre lo mismo con el 52,4% (Ibíd., 27). En ambos casos, se tiene una situación de desconfianza generalizada que afecta a más de la mitad de los hogares. La situación no varía mayor cosa cuando se indaga por la percepción que tienen los habitantes del espíritu de colaboración en el barrio. Dicho espíritu se califica como regular por el 51,03% de los hogares del oriente, así como por el 51,66% de los hogares de ladera (Ibíd., 28). Todo esto tiene una importancia crucial desde el punto de vista de la exclusión, en el sentido de que las relaciones de confianza y reciprocidad en la comunidad vecinal pueden suplir, hasta cierto punto, algunas de las carencias derivadas de la escasez de recursos económicos (Alcaldía, 2009, 151). Así las cosas, lo que se presenta en las poblaciones bajo examen es una idea de comunidad débilmente soportada en valores de confianza, y por tanto poco capaz de movilizar capitales sociales suficientes para sortear o aminorar las limitaciones impuestas por la vulnerabilidad socioeconómica a la que se hallan expuestas.

En la zona oriente, por ejemplo, el 54,8% de los hogares encuestados en 2009 manifiesta no tener confianza en sus vecinos, mientras en la zona de ladera ocurre lo mismo con el 52,4% (Ibíd., 27). En ambos casos, se tiene una situación de desconfianza generalizada que afecta a más de la mitad de los hogares. La situación no varía mayor cosa cuando se indaga por la percepción que tienen los habitantes del espíritu de colaboración en el barrio. Dicho espíritu se califica como regular por el 51,03% de los hogares del oriente, así como por el 51,66% de los hogares de ladera (Ibíd., 28). Todo esto tiene una importancia crucial desde el punto de vista de la exclusión, en el sentido de que las relaciones de confianza y reciprocidad en la comunidad vecinal pueden suplir, hasta cierto punto, algunas de las carencias derivadas de la escasez de recursos económicos (Alcaldía, 2009, 151). Así las cosas, lo que se presenta en las poblaciones bajo examen es una idea de comunidad débilmente soportada en valores



por tanto poco capaz de movilizar capitales sociales suficientes para sortear o aminorar las limitaciones impuestas por la vulnerabilidad socioeconómica a la que se hallan expuestas.

Condiciones como éstas evidencian un débil entramado de relaciones y una escasa densidad de redes sociales, situación que dificulta, cuando no impide, la planeación de acciones colectivas y el desarrollo de proyectos comunitarios, tendientes a mejorar las condiciones de vida de una población que, dadas sus características económicas y demográficas, se encuentra en permanente riesgo. Entre esta precariedad relacional y el problema de la exclusión hay sólo una tenue frontera. La inexistencia de lazos colectivos fuertes, estables y permanentes, en estas condiciones, no hace más que limitar tanto las oportunidades como las capacidades de los individuos para llevar a cabo sus proyectos de vida, acceder a unas mejores y más dignas condiciones de vida, y promover procesos de visibilización, reconocimiento y acción pública que les permitan reclamar un reconocimiento como parte integral de la comunidad ciudadana (Alcaldía-DAPM, 2010, 27-28).

Esta debilidad en los lazos sociales barriales puede deberse, en buena parte, a las distintas dinámicas de conflicto, violencia e inseguridad presentes en dichos entornos. Dichas dinámicas pueden incidir fuertemente tanto en la posibilidad como en la disposición de los individuos a confiar en sus vecinos y a tomar parte, con ellos, en acciones colectivas y de carácter comunitario. De acuerdo con los datos de la última encuesta, seis de cada diez hogares en las zonas y asentamientos estudiados manifiestan haber vivido situaciones como altercados, insultos, robos, actos de delincuencia organizada, enfrentamientos entre grupos juveniles, maltratos psicológicos y físicos así como otras formas de violencia. Se trata de situaciones que, además de generar una percepción negativa del entorno entre sus mismos habitantes, pueden llevar a los individuos a distanciarse de los procesos colectivos que puedan emprenderse, priorizando un interés de protección personal sobre cualquier interés de organización y desarrollo comunitario (Ibíd., 28-30).

La desconfianza, sin embargo, no sólo va dirigida hacia dentro de la comunidad barrial, sino también hacia fuera, en la relación entre sus habitantes y las instituciones. En promedio, como lo revelan los datos de 2009, ocho de cada diez hogares manifiesta confiar poco o nada en policías, militares, profesores, jueces de paz, gobernantes y otras figuras institucionales que, como éstas, tienen la responsabilidad de consolidar condiciones sociales de bienestar y calidad de vida (Ibíd., 30-31). Se trata de una percepción que puede ser producto de distintos procesos de exclusión, marginación y estigmatización social que, frente a estas poblaciones, se han generado históricamente desde dichas instituciones. Del mismo modo, puede tratarse del resultado de la valoración que los hogares hacen de su condición de pobreza y vulnerabilidad, en la que esta clase de instituciones aparece jugando un papel determinante como “causantes” de la misma (Ibíd., 31).

Los problemas de la confianza, la reciprocidad y los vínculos colectivos guardan una estrecha con las distintas formas de percepción que, a propósito de la exclusión, construyen los habitantes de los sectores más vulnerables de la ciudad. Estas percepciones tienen un peso decisivo en el modo en que las personas, no sólo se representan su entorno barrial, sino también conciben y se imaginan las relaciones entre éste y el resto de la ciudad, y en consecuencia los vínculos de inclusión/exclusión entre ellas y los demás miembros de la comunidad ciudadana. El hecho de que el 48,6% de los hogares encuestados en

2008 consideren que las personas de Cali ven a sus barrios como “un lugar malo”, es un indicador suficiente de la imagen que tienen los habitantes de estos sectores de sus barrios como espacios marginados al interior de la ciudad (Alcaldía, 2009, 152-153). Lo anterior deja ver que la simple pertenencia a un determinado entorno barrial afecta la convivencia de sus miembros con el resto de la ciudad. Para una persona o un grupo, en efecto, el vivir en un “barrio malo” se convierte en una barrera para acceder a diferentes espacios sociales. Esta misma condición puede convertir a los habitantes de tales sectores en objeto de discriminaciones y estigmas que minan los procesos de integración y agravan las condiciones de exclusión en la ciudad (Ibíd., 153).

Los problemas de percepción van mucho más allá de la relación mental con el espacio. Tienen que ver, también, con la forma como los habitantes de estas zonas vulnerables perciben y dan significado a su propia situación de exclusión. Esta clase de representaciones se hace manifiesta en aspectos como la percepción de exclusión frente a los servicios públicos, la valoración de los distintos factores de conflicto en la comunidad, y la imagen que se tiene sobre el trato recibido en diversos espacios de la vida urbana. En materia de servicios públicos por ejemplo, hay una importante sensación de exclusión, relacionada especialmente con la oferta de subsidios de vivienda, en relación con el cual el 21,2% de los encuestados en 2008 manifiesta sentirse excluido; gas domiciliario, con un 12%; y los servicios de seguridad como la policía, con un 10%. La percepción de exclusión tiende a hacerse ligeramente mayor en el caso de la población afrocolombiana, especialmente en cuanto a la oferta de salud, recreación, deporte, seguridad y alimentación (Ibíd., 124-125). La justificación dada por los mismos informantes a esta situación tiende a destacar la influencia de la clase social, con un 45,74% de respuestas; el nivel educativo de los habitantes, con un 40,8%; y la riqueza o bienes materiales, con un 39,5%. Se trata, en los tres casos, de factores alusivos a un acumulado de capitales sociales, escolares y económicos (Ibíd., 124 y 127), los cuales parecen jugar un papel determinante en la representación que se hace la población vulnerable de la proveniencia de su condición excluida.

El capital escolar, así como el socioeconómico, también aparecen como factores predominantes en la explicación de los encuestados sobre los fenómenos de conflictividad que los afectan. Los altos niveles de conflicto, que como ya se sabe limitan la formación de vínculos comunitarios más o menos fuertes y estables, se atribuyen principalmente al nivel educativo, considerado como factor por el 40,7% de los informantes de la primera fase; seguido de la clase social, con un 27,4%. Las condiciones de género, credo religioso, raza o etnia, filiación política, orientación sexual, edad, condición de discapacidad o situación de desplazamiento, por su parte, no parecen valorarse como mayores factores de conflicto, alcanzando cuanto mucho –y de manera separada- porcentajes cercanos al 10 u 11% (Ibíd., 127-128).